

Fuera de VALIJA

CLIO CON HERRADURAS

22 de octubre 1947
"Euzko Deya, de País, publica en su número del 31 de enero, llegado últimamente a México, un curioso documento. Se trata de la carta que el general Quijoto de Llano dirigió el año pasado al director de Radio Nacional de España, protestando a su manera, con ironía juvenil, de que en la edición dedicada al relato y glosa del "Deseño de la Victoria" se callase su nombre, en tanto que el del Casdillo era cubierto de ditirambos y tomagloriosos de ser él, el general Quijoto de Llano, el verdadero iniciador de la criminal rebelión de 1936.

"Euzko Deya" publica el documento traducido al francés, lo que nos priva del gusto de saborear el estilo del general Quijoto de Llano con su acento peculiar, en su propia lengua, como quien dice. Pues sabido es que los rebeldes pierden mucho al ser traducidos al francés.

El periódico vasco pone al curioso documento un cetero título, también en francés: Clio en espardilles, pues así, taparrastrosa y en chancletas, como va por dentro de casa, se nos presenta la musa de la historia, cuando se descalza el cotarzo y se pone las alpargatas, para contarnos chismes y conaderías de la "pequeña historia". Esto de calzar el cotarzo o el harache es, desde luego, pasamente alegórico, pues el cotarzo de los antiguos, emblema del estilo ciego y sublime, no es muy diferente de nuestra separacha, sensado calzado de orla de esparto, que es a lo que se llama exactamente espardille. Pero supongo que, tratándose de Quijoto de Llano, convertido incidentalmente en musa mesero de la historia, no son alpargatas ni otra clase de calzado lo que le corresponden, sino herraduras. Clio con herraduras da una idea más exacta de la "pequeña historia" contada por este general, que, como se sabe, es de caballería. Aunque, en su caso, decimos de caballería, no por el caballero, sino por la cabalgadura. Quijoto no es el jinete, sino el jineterado; no es el de encima, sino el de abajo; no es el que monta sobre alia y estribos, sino el que lleva acudilla sobre los lomos —albarda, a veces— y recibe el golpe de éstos en los lomos. No Clio con espardillas, sino, exactamente, Clio con herraduras; Clio a cuatro patas, plañando frente a un micrófono y relinchando por radio. El general Quijoto se calza siempre en casa del alférez.

Cuando va hacia el servicio militar en Indendencia, vizarro espedite de padadero castreño, cierto día que los hisofios de artillería tuvieron precedencia en el campamento de Paterna para los ejercicios de tiro, haciéndonos escuchar a nosotros, que habíamos besado antes, nos explicaba un sarjesto que aquello ocurría porque los artilleros eran un "cuerpo real", y nosotros, los intendentes, un "cuerpo acemilao". El sarjesto decía, sin duda, así: llo. Y aclaraba:

—Pero usted, como sarjesto, debe ser mucho más "acemilao" que yo, que soy simple soldado raso.

El sarjesto me miraba algo escamado y concluía:

—"Tco" el cuerpo; el cuerpo es el "acemilao".

Recordando ahora aquella denota definición de mi antiguo sarjesto, pienso que Quijoto de Llano es la verdadera

ra imagen del "general acemilao", la auténtica acemila del ejército franquista. "Acemilao" él, "tco" el cuerpo. Así, repetimos: Clio con herraduras: cuatro herraduras como cuatro soles.

El general Quijoto —ariscionado como trasto inútil por Franco— cocea como si se le hubiese metido un tábano bajo la cola cuando Radio Nacional calla su nombre y cuando afirma que, muertos Mola, Cabanellas y Sanjurjo, sólo queda uno de los iniciadores del Movimiento Salvaador: el general Franco...

—Créame —dice en ese documento el general "acemilao" Quijoto de Llano— que me importa poco que me nombren o no; pero me interesa reestablecer la verdad, que es la siguiente:

"El general Franco tiene adquiridos muchas y grandes títulos durante la cruzada y después de ella, en la administración del estado; pero entre éstos, creo sinceramente que no se le pueden atribuir los relativos a la organización del Movimiento. El se hallaba en las islas Canarias...

"El iniciador del Movimiento soy yo. Yo he de sostener tres convenciones hasta que llegas para convencer al general Mola (¡que en paz descansó!) de que organizara el movimiento, lo que yo mismo no podía hacer... El general Mola aceptó finalmente, a condición de que el general Cabanellas se comprometiera a mirarse a la cojura y a entregar diez mil fusiles y su correspondiente dotación en municiones.

Aunque el general Cabanellas era grado 33 en la Masonería, olvíase de él ambas cosas".

"Cabanellas Otro traidor como Quijoto, tan acemilao como él, y que ocupaba en el arma de caballería el mismo lugar de abajo. ¡Cuán repugnantes —más que los otros, diríamos— estos dos generales traidores a la República,

que los colmó de beneficios y puso en ellos su confianza!

A continuación enumera Quijoto de Llano sus servicios en Andalucía para asegurar el triunfo del Movimiento Salvaador. Muchos méritos recuerda, muchos, tantos, que le valieron la laureada de San Fernando. Olvida otros muchos. Olvida, por ejemplo, a los miles de republicanos cuyo fusilamiento ordenó. Miles de hombres horrados asesinados por orden de Quijoto, el traidor, la gran acemila. Olvida la salina, la mala baba, derramada por el amor el micrófono de Radio Sevilla. Olvida la sangre derramada por sus víctimas. Pero nosotros lo recordamos todo...

Reclama Quijoto de Llano la "gloria" de ser el iniciador de la traición. Se jacta de cuanto realizó para hacerla triunfar. Así, pues, lo tenemos ya convicto y confeso. No habrá de olvidarse su confesión a la hora de hacer justicia. Modestamente, olvida él muchos de sus crímenes. Ya habrá quien se encargue de recordárselos. Habrá, en efecto, que guardar bien esta página infame, esta hoja de "pequeña historia" escrita por Clio con herraduras.

"El iniciador del Movimiento soy yo..." dice Quijoto de Llano, la gran acemila. ¡Preciosa confesión! El roo ha "caxado".

EL VALJERO

A.P.C.E.
SIG.: 4.26/127
A.P.C.E.
SIG.: 4.26/127